

Los viajeros volvieron á montar en carruajes para pasar á Vladimir, situado á la mitad del camino entre Nijnei-Novogorod y Moscou. Los caminos son detestables: estando en construccion hace algunos años los ferro-carriles, se han abandonado los otros. La falta de rios navegables ha impedido el desenvolvimiento de esta ciudad que solo tiene 4,000 habitantes, aunque situada en un pais harto industrial y rico.

En Vladimir tomaron el ferro-carril de Moscou los viajeros, llegando rápidamente á esta antigua capital de Rusia.

Despues de haber reposado aquí seis dias para descansar, trasladáronse luego á San Petersburgo, desde donde vinieron á París por el ferrocarril del Norte de Prusia y Bélgica.

En cuatro meses habian hecho uno de los mas grandes viajes que pueden hacerse por tierra, habiendo recorrido desde Shang-hai á París 12,000 kilómetros lo menos, sin ningun contratiempo sensible y sin que ninguna amenaza de los hombres ó de los elementos viniera á comprometer su seguridad.

A. POUSELGUE.



Jovénes destinadas al sacrificio, libertadas y educadas por la administracion inglesa.

## LOS MERIAHS O SACRIFICIOS HUMANOS

EN EL KHONDISTAN O CHONDWANA (INDIA INGLESA.)

RELACION

DEL MAYOR GENERAL JHON CAMPBELL, EX-COMISARIO INGLÉS EN ESTA REGION.

1840-1854.

I.

El antiguo reino de Orisa, reducido ya bajo el nombre de Zillah de Cuttak á la humilde categoría de *distrito*, y como tal perdido en la inmensidad del

imperio anglo-indio, fue en otro tiempo, si hemos de creer la tradicion escrita, una especie de eden, célebre por la belleza de sus paisajes y por la magnificencia de sus ciudades, suelo sagrado donde afluan



los brahmanes ó acudían los peregrinos de todas partes. Los pundits de otro tiempo celebraban á porfía los templos de su antigua capital, Bhuvanewar, las márgenes rientes del sagrado río que riega el país de elección, el Mahanuddy. Uno de ellos, Baradwagee Muni, que fue también general de los más famosos del imperio Akbar, declara solemnemente: «que semejante comarca debería estar por cima de la ambición humana, en atención á que solamente los dioses pueden reivindicar su posesión.» El tiempo ha puesto su pesada mano sobre todo aquel esplendor y prosperidad antigua. Después de haber existido por espacio de más de cuatro siglos como monarquía independiente bajo el cetro de los príncipes de la raza Gunga Vansa, el reino de Orisa vino á ser en 1558 un principado anexionado al imperio del Mogol. Los cataclismos religiosos de la India se hicieron sentir aquí: las conquistas de la nación Uria ó Ooryah redujeron aquel territorio que abarcara en otro tiempo una gran parte de la Bengala y de la Telingana; sus más célebres ciudades desaparecieron sucesivamente bajo la poderosa vegetación de las jungias, que poco á poco borraron hasta sus últimos vestigios. Apenas se sabe dónde estuvo situada la capital del país que el viajero chino Hiotien Thoang visitó á mediados del siglo VII; y del todo se ignorara sin la exploración científica del teniente Kittoe, que en 1838 recorrió como anticuario entusiasta aquel país devastado, aquel desierto insalubre, donde ningún europeo había osado detenerse. En la época de esta visita apenas quedaban de la antigua capital, que él llama Kurda, algunos lienzos de macizas murallas, parte del palacio y parte de las puertas de la ciudad. Cerca de Katrapan ha podido describir las esculturas del templo de Grameswara y dar una idea exacta de los progresos que el arte había hecho en tan remotos lugares durante el período de su prosperidad.

Más reciente aun, en 1859, otro viajero encontró por casualidad, en medio de incultos campos, los restos de una gran ciudad (Bhuhanesan) que ofrece como otra Palmira, ruinas de templos magníficos. A 6 millas de allí, están las grutas de Khandigiri, vaciadas en la roca, y antiguamente habitadas por una colonia de eremitas búdicos, los cuales dejaron en ellas algunas inscripciones en lengua pali que datan de dos mil años lo menos.

En suma, y para no insistir más en estos detalles de arqueología, ninguna duda puede quedar, no obstante el estado presente del país, del grado de civilización á que llegara y del que lo han precipitado las revoluciones religiosas, los desastres de conquistas sucesivas, y la estúpida tiranía de los dominadores que alternativamente ha tenido hasta que los ingleses en 1803 despojaron á los maharatas que lo poseían en su mayor parte desde 1740.

La posesión europea fue al principio muy limitada. El gobierno de Calcuta, al tratar con los rajahs ó principales jefes indios, estipuló simplemente un tributo de 120,000 rupias próximamente, en cuya compensación se comprometía por su parte á realizar ciertas obras de utilidad pública. Por lo demás, se abstenia cuidadosamente de intervenir en las relaciones hasta entonces establecidas entre las dos principales razas del país, una la conquistada, la de los khonds; otra la conquistadora, la de los urias. Mientras que los rajahs urias de las tierras bajas tuviesen la autoridad suficiente sobre los khonds de las montañas para hacerlos indirectamente tributarios de la compañía, no podía convenir á ésta aventurar sus soldados en el seno de un país mal conocido, falto de caminos, y cuyos pestilentes pantanos exhalan bajo el ardiente sol de Bengala los más deletéreos efluvios. Desgraciadamente la administración de los rajahs no es regular, ni mucho menos, y su tradicional ascendiente es traído á cuestión á cada instante: constituyen una clase abyecta, á pesar de su orgullo, estraña á todo principio de gobierno y cuya depravación, siempre creciente, no permite que una autoridad regular les delegue sus poderes. Desprovistos de toda cultura intelectual, exigentes en punto á ceremonias, envanecidos con una genealogía con frecuencia mística y con el bárbaro blason que atestigua la antigüedad de su origen, nacen y crecen en una atmósfera de vicio que muy luego los enerva y los hace generalmente incapaces de contribuir en nada á la prosperidad de los desdichados pueblos en que ejercen su autoridad; autoridad nominal á veces, á veces efectiva, pero que concluye por el despotismo más vil y abominable.

Por medio de esta aristocracia corrompida ha querido el gobierno inglés explotar las provincias sometidas á su dominación, ahorrándose así los inconvenientes y peligros de una acción directa. Pero no le es dado mantener siempre este estado de cosas; y abusos de que bien quisiera aprovecharse, volviéndose á la larga contra él, le obligan á poner remedio. Hé aquí lo que ordinariamente pasa. Los rajahs, á quienes se exige un tributo, que varía de 1,000 á 8,000 libras esterlinas, se hallan rara vez en estado de pagarlo. La tolerancia del gobierno los deja atrasarse poco á poco, y cuanto más crece la deuda, tanto menos puede satisfacerse. Llega, en fin, el momento en que, después de inútiles instancias, los agentes del fisco para liquidar los atrasos, toman de su cuenta la administración financiera del país; pero si los atrasos son demasiado crecidos, si se desespera de poder solventar la deuda por medio de las rentas, el dominio del rajah se vende para liquidar y el gobierno se ve casi siempre en la necesidad de hacer la adquisición. De aquí las revoluciones que es menester reprimir:

una de ellas fue una verdadera guerra que duró los dos años de 1836 y 37, en cuyo período sufrieron mis tropas cruelmente. Las fatigas, las privaciones de toda especie con las contrarias influencias del malo sano clima, diezaban nuestras filas apenas tocadas por las flechas y el hacha de los khonds. En dos ó tres ocasiones, sin embargo, estos llegaron á sorprender algunos pequeños destacamentos, extraviados en los desfiladeros de sus montes. En tal caso, ya se sabía, no había que esperar cuartel, y nuestros pobres soldados eran literalmente hechos pedazos. Siento tener que decir que dos oficiales europeos, mal escoltados, perecieron también en el paso de las Naliahs ó montañas de Orisa.

Concluida la guerra, y cuando se trató de organizar el país definitivamente anexionado, se juzgó convenientemente utilizar la experiencia que había adquirido yo durante aquellos dos años, mi conocimiento del país, las relaciones que había adquirido con los principales jefes de tribu, y fui nombrado primer asistente del comisario general, lo que me daba una autoridad fiscal y jurídica á la vez sobre los países de Goomsur, Sooradah, etc., pero más particularmente sobre los khonds ó montañeses de aquellas diversas comarcas.

Esta última parte de mi cometido tenía un objeto especial muy ajeno á la rutina administrativa y el único de que pueda permitirme ocupar hoy á mis lectores.

## II.

En el curso de la guerra que recientemente se había terminado, se hizo un singular descubrimiento. Las tribus del Khondistan, puestas desde cuarenta años atrás bajo la autoridad nominal de la Gran Bretaña, perpetuaban entre sí uno de los ritos más monstruosos de que haya hecho uso en sus infinitos extravíos ese instinto del alma humana que se entrega á las inspiraciones del fanatismo y á los ciegos consejos de la superstición: habíamos adquirido la certeza de que en las regiones montuosas de los distritos limítrofes, el Goomsur, el Boad, el Chinnakimed y el Jeipor, se inmolvaban con frecuencia víctimas humanas, ya al dios de la tierra Tado Pennor, ya al rojo dios de las batallas Manuk-Soro; al primero para asegurar abundantes mieses, ó conjurar una calamidad inminente, y al segundo en la víspera de cualquiera empresa militar, para conseguir la victoria. Aparte de estos sacrificios que pudiéramos llamar de interés público, no era raro, se nos decía, que algunos individuos en fe de tal ó cual particular ventaja solicitasen por los mismos medios la protección divina. De una tribu á otra podía diferir el móvil y el ceremonial del sacrificio; pero la crueldad era idéntica

en todas ellas. La compra de las víctimas llamadas *Meriah*s, era una condición esencialísima del rito; ni la edad, ni el sexo, ni el culto estaban por lo demás determinados; preferíanse, sin embargo, los adultos á los niños y á los viejos, por ser más caros y por consiguiente más aceptos á la divinidad á quien se ofrecían sacrificados. La mayor ó menor obesidad venía también á ser un motivo de preferencia. Y había para este odioso tráfico agentes profesionales oriundos casi todos de la casta de Panoo. Sin tener para sí la excusa de la superstición ó de la ignorancia, obediendo únicamente á innobles cálculos, estos miserables proveedores, cien veces más dignos de castigos que los mismos khonds, aprovechaban las épocas de hambre para ir por los pueblos de la llanura á comprar niños, cuyos padres embrutecidos por la miseria, se los vendían á vil precio. El rapto y la seducción les eran además familiares. Con el pretexto de suministrarles un trabajo lucrativo atraían de las montañas á los jóvenes de ambos sexos: ya cautivos, y tratados con cierto miramiento, los infelices esperaban á veces por muchos años consecutivos y con esa resignación fatalista de todos los orientales, el momento en que debía cumplirse su destino. Entre tanto los varones trabajaban por cuenta del *Sirdar* que los había comprado, y las hembras, si el jefe del pueblo no se abrogaba sobre ellas todos los derechos del señor sobre su esclava, podían contraer á la larga bien con montañeses khonds, bien con cautivos como ellas, una especie de bastardo himeneo que aumentaba con la prole las víctimas para el sacrificio.

El precio de compra, variando entre 60 y 130 rupias (1), rara vez era pagado á dinero contante. Dábase más bien en cambio otra mercancía, que solía consistir en algunas cabezas de ganado, en puercos, vasos, adornos, etc.

Respecto del sacrificio, al cual no había asistido jamás ningún europeo, solo se tenían noticias indirectas. Hé aquí las que pudieron recoger en la misma época MM. Russell y Ricketts, comisarios de Goomsur y de Kuttack.

«La publicidad de la ceremonia es una de sus condiciones esenciales: durante el mes que á ella precede, se multiplican los festines, se embriagan y danzan delante de la *Meriah*, adornada de sus mejores ropas y coronada de flores. La víspera del sacrificio se la conduce aletargada por la bebida al pie de un poste que sostiene la efigie de la divinidad (un pavon, un elefante, etc.) La multitud se pone á danzar al son de la música y sus salvajes himnos dirigidos á la tierra, dicen poco más ó menos así:

«Os ofrecemos, ¡oh Dios! esta víctima: dadnos estaciones clementes, mieses copiosas y salud.»

(1) De 150 á 325 francos.



Después, hablando á la víctima, dice:

«Te hemos adquirido por compra, no por violencia: vamos, pues, á inmolarte, segun nuestras costumbres, sin que se nos pueda imputar crimen ninguno.»

El día siguiente se la conduce embriagada nuevamente, despues de haber untado con aceite ciertas partes de su cuerpo, que cada uno de los asistentes viene á tocar á fin de untarse á su vez enjugándose los dedos en sus cabellos. Parten luego como en procesion y al compás de la música que vá delante, á fin de pasar á la víctima llevada en brazos en torno del pueblo y del terreno adyacente. El sacerdote oficiante, *zani*, que puede pertenecer á cualquiera casta, vuelve á traer el cortejo alrededor del poste situado siempre cerca del ídolo local (Zacari Penoo) representado por tres gruesas piedras, y consume entonces el *pooga*, es decir, ofrece al ídolo flores, incienso, etc., por mediacion de un niño que ha de pasar de siete años, alimentado y vestido á espensas de la comunidad, que come siempre solo y al cual no se impone ninguno de los actos reputados por impuros: llámase el niño *Zoomba*.

Entre tanto, se abre al pie del poste una especie de fosa: un puercu que se degüella al borde de este hoyo, derrama en él toda su sangre, y la *Meriah*, privada de sentido por su misma embriaguez, es precipitada violentamente en este sucio agujero, donde se le retiene cabeza abajo hasta su completa sofocacion. El *zani* corta del cuerpo inmolado un pedazo de carne y lo entierra cerca del ídolo como una ofrenda al dios de la tierra: cada uno de los circunstantes lo va imitando á su turno, y los que vinieron de los pueblos vecinos á presenciar la fiesta, se llevan los repugnantes girones que les tocan en suerte para enterrarlos tambien, ya en los límites de sus territorios, ya al pie de sus particulares ídolos. La cabeza de la víctima queda intacta y se abandona con los desnudos huesos en el fondo de la fosa que se terraplana sin retardo.

Cuando la horrible ceremonia toca á su término, se trae un tierno búfalo junto al poste sagrado, se le cortan las cuatro patas, y despues de esta cruel mutilacion, se le deja allí hasta el día siguiente. Entonces vienen ciertas mujeres vestidas de hombres y armadas como guerreros, á beber, danzar y cantar en torno del animal agonizante, que matan en seguida y se lo comen, despidiendo al *zani* con un presente.»

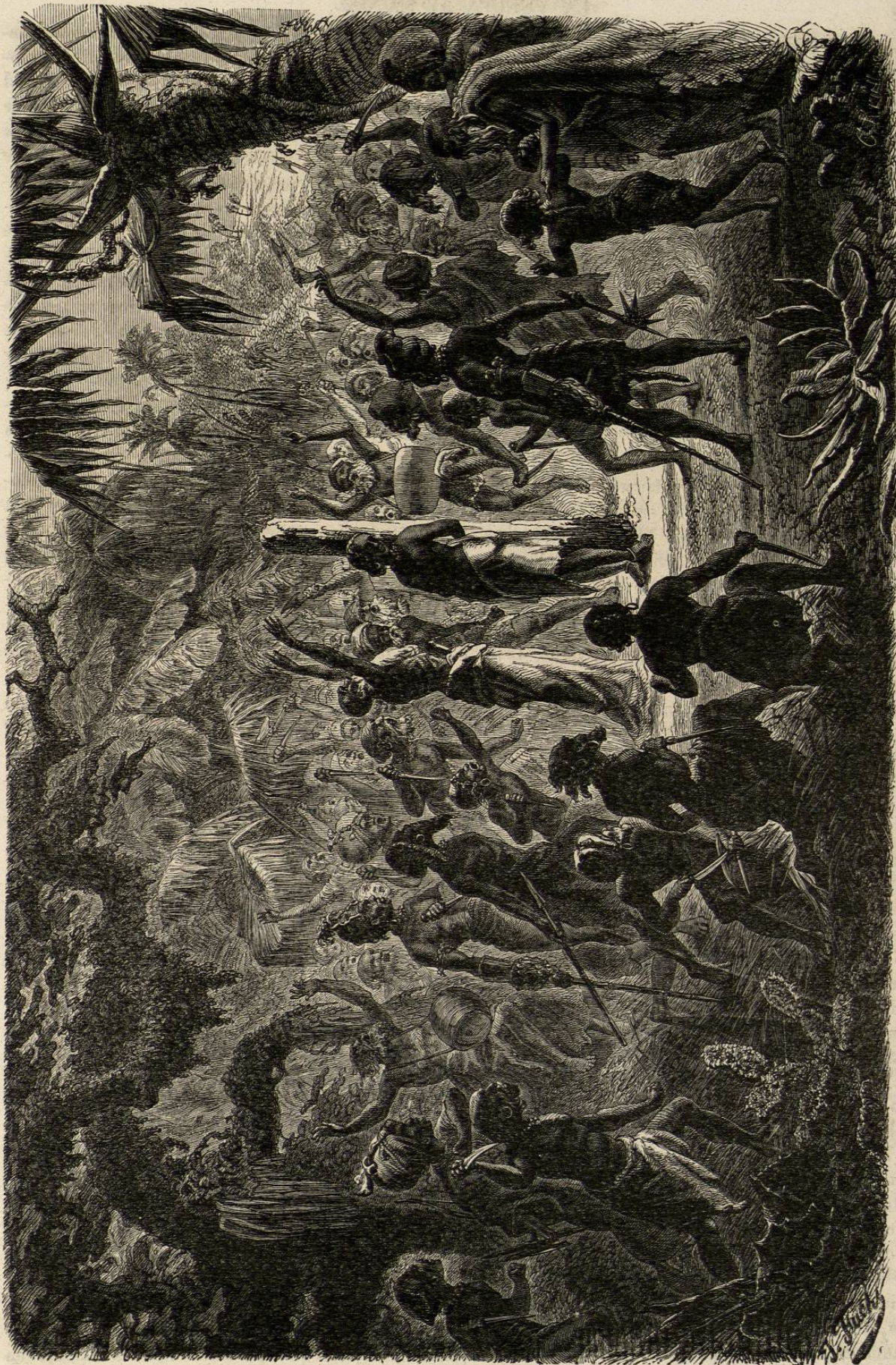
El suplicio que acabo de describir, añadía Mr. Russell, es acaso el menos cruel que se inflige en semejantes casos. Cítanse, en efecto, localidades donde se destroza viva, pedazo á pedazo, á la víctima ofrecida á los dioses antropófagos.

Segun Mr. Ricketts, que habia adquirido estos

datos en la frontera de la Bengala, los khonds recurrían sobre todo á los sacrificios humanos, cuando se dedicaban al cultivo del azafran; y razonando sobre este punto, declaraban imposible obtener sin efusion de sangre que esta planta les diese el bello color oscuro que tanto estiman ellos. Por lo demás, sobre el sacrificio mismo varian infinitamente las versiones. En ciertos lugares se ahogaba á la víctima entre dos tablas de bambú, estrechándolas gradualmente en derredor de su busto, y solo cuando se la veía presa de las últimas angustias de la muerte, el sacerdote cortaba en dos su cuerpo á golpes de hacha. En otras partes el cadáver era enterrado sin previas mutilaciones; pero en este caso la creencia general limita el provecho del sacrificio al dominio de aquel que ha hecho los gastos. Asi se explica la solicitud de los khonds en repartirse los palpitantes despojos del cadáver y en diseminarlos en la mayor estension posible de terreno. Como para ser eficaz la ofrenda ha de tener lugar en el mismo día del cruento sacrificio, se han visto trasportar, por relevos de corredores espresamente establecidos, restos de esta humana carnicería á distancias increíbles. Todos los niños ó adolescentes que los khonds se procuraban por la mediacion de los Panoos, no estaban invariablemente destinados al servicio de las ofrendas propiciatorias. Cierta número de ellos, bajo el nombre de *posia poes*, dedicados desde luego á los cuidados domésticos ó á los trabajos del campo, pasaban poco á poco, de criados, á la categoría de miembros de la familia; su suerte era en verdad harto precaria, pues las circunstancias podían traerlos aun al sacrificio; pero era ya raro este caso, y en general el trascurso del tiempo acababa por assimilarlos al resto de la poblacion: de siervos venían á ser ciudadanos.

### III.

Cuando en diciembre de 1837 emprendí mi primera cruzada contra el rito abominable de que acabo de hablar, no llevaba mas escolta que algunos *sebundis* ó soldados irregulares, escogidos uno á uno entre los mas intrépidos cazadores de la comarca. Un hombre de estos tenia uno de esos títulos honoríficos ganados en combate singular, que confieren los rajahs y se transmiten de generacion en generacion: llamábase Leon de guerra (*Joogar singh*). Otro se llamaba *Runnah singh*, ó fuerte en la batalla. Algunos de estos bravos poseyendo un ligero conocimiento del dialecto khonel, me fueron muy útiles como intérpretes. Pero la principal asistencia venía de parte de un jefe del alto Goomsur que Mr. Russell y yo nos habíamos atraído afectuosamente durante la pasada guerra, y al cual habíamos hecho conferir, con el título de Babadur Bukshi, una autoridad predominante sobre los



Meriah Purah, ó sacrificio humano en el Kondistan.